

MARIO MENDOZA

EL LIBRO DE LAS REVELACIONES



La razón es una promesa que pocos se atreven a cuestionar con la valentía de contemplar esta civilización desde una ventana con vista al fin del mundo. Mario Mendoza lo sabe, por eso ha decidido profundizar en las relaciones cada vez más estrechas que los descubrimientos de la ciencia establecen con saberes milenarios. La inconformidad ante el presente y la curiosidad por esa idea ajena llamada futuro señalan el camino del autor, quien teje aquí una red de ensayos, investigaciones y reflexiones para atajar, desde la no ficción, preguntas que nos enfrentan a la fragilidad de ser humanos.

Algo se desmorona bajo nuestros pies y nadie sabe dónde termina la caída.

*Todo lo que vemos o imaginamos es
solo un sueño dentro de un sueño*

EDGAR ALLAN POE

JESÚS EN LAS PLÉYADES (A manera de introito)

Cuando salió mi libro *Paranormal Colombia* varios periodistas me preguntaban indignados si yo creía en esas historias que estaban en el libro. Incluso algunos comentaristas me atacaron diciendo que yo fomentaba la superchería y la superstición, cuando lo que necesitaba nuestro país era ciencia, racionalismo y tecnología. Nunca respondí a esos ataques porque si todavía hay gente que cree en el progreso, en la historia lineal y en que vamos avanzando gracias a nuestras máquinas y nuestros aparatos, allá ellos.

Lo cierto es que a mí me queda muy difícil, por no decir imposible, mirar a un chamán por encima del hombro y sugerirle que vaya a la universidad, estudie Matemáticas y lea a los autores de la escuela de Frankfurt para salir de la ignorancia. O pararme en medio de Benarés, a orillas del Ganges, a gritarles a los peregrinos que están todos equivocados, que sus creencias son puro pensamiento atávico y que mejor se compren un computador y estudien programación. Hay algo banal en esa pretendida apología de la razón.

Los griegos escuchaban a Sócrates y al oráculo de Delfos con la misma atención.

Lo que a mí me sucede es difícil de explicar. He sido un escéptico y un ateo desde mis ya lejanos años escolares en el Colegio Refous. Alejarme de fanáticos religiosos y cruzados me pareció fundamental para poder asimilar la democracia, es decir, para poder respetar al otro en su diferencia.

Sin embargo, siempre he sentido una fascinación extraña y muy respetuosa por el misticismo y las religiones. No siento superioridad intelectual porque me haya liberado del pensamiento religioso. Es lo contrario: me siento más débil, más frágil, más solo. Sé que cuando han llegado las pruebas duras de la vida mi falta de fe me ha dejado a la deriva, extraviado, sin norte, y que ese dolor y esa confusión me han hecho mucho daño. En cambio, veo a los que sí tienen fe y hay algo poderoso y poético en ellos, en sus oraciones, en sus rezos, en sus retirados diálogos con sus dioses. Yo carezco de esa fortaleza, voy por la vida sin esos escudos, y por eso, cuando han llegado la adversidad, la enfermedad y la muerte, levantarme ha sido tan difícil.

Cuando leo a San Juan de la Cruz, o al poeta místico Rumi, siento nostalgia de algo muy grande que no conozco y que quizás no conoceré jamás. Como si me estuviera perdiendo de visitar un continente paradisíaco lleno de ríos multicolores, playas desiertas y campos atiborrados de frutas jugosas. Creo que cuando Borges dijo que la religión era una rama de la literatura fantástica no lo decía peyorativamente, como si estuviera afirmando que los textos sagrados fuesen mentira. No. Él, que era escritor de literatura fantástica, lo decía porque hay una fuerza poética muy grande en la fe, una estética, una belleza especial que nos puede iluminar la vida de manera reveladora.

Del mismo modo que jamás se me ocurriría decirle a Don Quijote que no hay gigantes, sino solo molinos de viento, nunca le diría a un creyente que se olvide de su Dios para abrazar el materialismo. Me pasa exactamente al revés: sospecho que soy yo el que ha olvidado algo importante en el camino, el que está abandonado y huérfano, ciego, a tientas en la oscuridad. Por eso escribo, porque tal vez la escritura, como un hilo de Ariadna, me ayude a salir del laberinto.

Así que cada vez que alguien me habla de una suprarrealidad en la que cree fervorosamente, yo escucho con

humildad. Porque siento que me está dando una lección, que me está susurrando al oído: amplía tu imaginación, ensancha tu percepción.

Hay algo maravilloso y de una belleza conmovedora en esa visita que le hizo el escritor de ciencia ficción Ray Bradbury a un pastor en su iglesia. Le preguntó si la experiencia de Cristo era válida solo para nuestro planeta, o si era un mensaje cósmico, universal. Es decir, si la crucifixión y el dolor de Cristo eran legítimos aquí en la Tierra, y en Marte, o en Sirio, o en Alfa del Centauro, o en las Pléyades. ¿Por qué necesitaba precisar eso? Porque no sabía si la fe de sus personajes terrícolas era válida cuando viajaran en un cohete y llegaran a otras galaxias.

Eso soy yo: un ateo cósmico al que se le llenan los ojos de lágrimas cuando los personajes de Bradbury extraen de sus equipajes una Biblia y se arrodillan a orar en otros mundos.

* * *

Pocos meses después de publicar *Paranormal Colombia* supe que uno de sus protagonistas, Manuel, el hombre que llevaba ocho años como un ermitaño viviendo en una casa en un árbol, acababa de enfermar. Un tumor había empezado a crecer en su garganta y él había decidido no hacerse ningún tratamiento. Estaba preparado para la muerte, la venía, incluso, invocando. Para él no era nada trágico, sino una salida, una solución a una vida que consideraba ya agotada.

Durante años se había encerrado en su propiedad en las afueras de Saravena, muy cerca de la frontera con Venezuela, y había renegado de la vida superflua de las grandes ciudades. La sociedad de consumo le fastidiaba y la consideraba la plaga del hombre contemporáneo, el origen de su ruina moral. Sin embargo, Manuel no pudo solucionar

una trampa que poco a poco lo hizo pedazos: descubrió que la soledad era el comienzo de una depresión cuya única cura era, precisamente, la presencia del otro.

A mediados de los años noventa, el escritor norteamericano Jon Krakauer publicó una novela inquietante, *Into the Wild* (Hacia rutas salvajes), que narra la historia real de un joven de clase media que decide liberarse de tanta atadura capitalista y se convierte en un aventurero nómada que consigue trabajos a salto de mata mientras cruza el país en busca de sí mismo. Al final, decide internarse en Alaska, territorio inhóspito con el que ha soñado durante años. Pero el poder de la naturaleza, que al principio le parece deslumbrante y sobrecogedor, poco a poco se transforma en un horror del que no sabe cómo escapar. En sus últimos instantes, enfermo, famélico, escribe una frase inolvidable: «No hay felicidad completa sin compañía».

La historia de Manuel transcurre de un modo paralelo a la de este doble norteamericano. Al comienzo la soledad le parece la cura a tanta contaminación publicitaria, a tanta tele-basura, a tanto afán monetario. Lee, medita, se dedica a la vida contemplativa. Pero con el paso de los años se da cuenta de que necesita del otro, reconoce dentro de sí un vacío que lo devora, que le hace daño, que lo hunde en estados de ánimo deplorables. Descubre dentro de sí mismo que está diseñado para interrelacionarse con sus congéneres.

Una noche cruzamos unas breves palabras por celular. Estaba ya internado en la clínica y el tumor lo mataría días después. Ambos sabíamos que no volveríamos a hablar, que era nuestra última conversación.

—¿Crees que aún hay una esperanza para la humanidad? —le digo escuchando al fondo un ruido que se parece al de una televisión encendida en una habitación comunitaria.

—No hay nada qué hacer, ya pasamos el punto de no retorno. De aquí en adelante todo será barbarie y caos.

—¿No seremos capaces de reflexionar, de echarnos para atrás?

—Eso lo debimos haber hecho hace veinte años. Ya no.

—Qué torpeza —me lamento entre suspiros.

—Es el ego, Mario, esa arrogancia que tanto nos caracteriza.

—Cuando todo está perdido es cuando más hay que resistir —digo sacando ánimos de no sé dónde.

—El Medio Oriente es ya un polvorín. Estallará en cualquier momento. Luego será la debacle general. Escribe sobre eso.

Hay un silencio breve entre nosotros. Sigo escuchando a través de la línea ese susurro radial o televisivo a lo lejos.

—¿Te arrepientes de haberte quedado tan solo, encerrado en tus propias cavilaciones? —le pregunto con una cierta tristeza de la que no logro desprenderme.

—No alcancé a vender la propiedad para irme al Amazonas —me dice él con una voz que deja traslucir cierta desesperanza—. Quedé preso de un territorio que al final me mató.

—¿Crees que el error estuvo en el sedentarismo?

—Sin duda. Si eres nómada llegas y partes cuando quieres. Quedarse quieto es empezar a morir.

—¿Y si hubieras encontrado a una mujer o si hubieras conformado una comunidad?

—La compañía siempre es gratificante, por supuesto. Pero al final hubiera partido igual, los hubiera abandonado.

—¿Y entonces cómo hace la gente para aguantar toda una vida en la misma casa, con la misma familia, con los mismos trabajos?

—No están vivos, viejo, eso es todo. Es gente que existe, pero que no está viva. El sistema los diseña para que mantengan los engranajes. Vivir es estar en movimiento incesante.

—¿Pero estar escapando no es en parte huir todo el tiempo de sí mismo?

—Al revés —dice él con esa voz gangosa que me da la sensación de estar dentro de una película cuyo sonido es irregular—, uno siempre debe estar en búsqueda. Si te quedas quieto, te pierdes. Solo en el movimiento te intuyes, aunque nunca llegues a ninguna parte porque en realidad no hay adónde llegar.

Sé que esas palabras me perseguirán para siempre, pues mil veces he soñado con vivir en un hotel, sin pagar recibos ni administración, sin lidiar con vecinos ni reuniones de copropietarios, comiendo en restaurantes o pidiendo mi desayuno a la habitación. Y viajando tranquilo, empacando una maleta en cualquier momento e incluso llamando a los amigos para quedarme en sus casas uno o dos días porque sí, porque estoy aburrido o porque sencillamente no deseo seguir durmiendo solo. Incluso me he imaginado hablando con el gerente del hotel cada cierto tiempo para que me cambie de habitación y de piso.

Era ya de noche y me estaba quedando sin minutos. Empecé a despedirme de Manuel. Le di las gracias por haber participado en mi libro y por ser tan generoso en sus declaraciones. Él bajó un poco el tono de la voz y remató diciéndome:

—Despertaré en otra dimensión, sin este cuerpo tan fastidioso. Ya estoy preparado para el siguiente nivel.

Nos dijimos unas últimas palabras y colgamos. Una profunda tristeza me invadió. La muerte es algo que no sabemos cómo enfrentar con dicha y plenitud. A los pocos días me enteré de su deceso.

* * *

A finales de 2015 sabía ya que iba a empezar un nuevo libro. No quería respetar el formato de *Paranormal Colombia* basado en entrevistas y reportajes, sino que anhelaba, necesitaba un poco más de libertad, de movimiento. Tampono

co quería restringirme solo a ejemplos colombianos, sino que deseaba hablar de casos e historias que había recogido a lo largo de los años. Varios lectores me habían escrito contándome sus anécdotas paranormales: persecuciones, fantasmas, presencias malignas que habitaban en sus casas y que les habían destruido la vida. No quería hacer un recuento de relatos góticos contemporáneos y por eso fui dejando todos esos testimonios en una gaveta olvidada.

Incluso una amiga muy cercana, veinticinco años mayor que yo, me dijo que ella sabía muy bien quiénes iban a ser las próximas en morir entre sus conocidas. Y me dio dos nombres: Conchita y Magdalena. En un lapso de dos meses ambas murieron dejándome perplejo. Le pregunté en una visita que le hice cómo podía intuir algo así y me contó que había visto sus espíritus rondando por el corredor, preparándose para irse, despidiéndose.

No sabía cómo enfrentar este libro, qué estructura armar, por dónde entrar a él. Decidí irme de incógnito a Medellín y no le avisé a ninguno de mis amigos en esa ciudad. Subí a la Biblioteca España, como de costumbre, visité el Parque Arví, deambulé por las calles pensando una y otra vez cómo empezar a trabajar en estas páginas, qué tono darles. No se trataba solamente de coleccionar protagonistas con historias fantásticas, sino, ante todo, de iniciar al lector en ese misterio que es la multiplicación de lo real, su desdoblamiento y plegamiento permanente.

Una mañana decidí ir a visitar la tumba de Pablo Escobar, que había sido dado de baja a finales de 1993. Por los relatos populares me había hecho una imagen de una tumba estrafalaria, escandalosa, muy *kitsch*, en la que seguramente se escucharían tangos y rancheras veinticuatro horas al día. Mi sorpresa fue absoluta cuando me tropecé, en un rincón de la iglesia de Jardines de Montesacro, a pocos metros de un cerco de pinos, un mausoleo en mármol oscuro con un jardín zen que le daba al lugar un aire de paz y de meditación religiosa.

Me senté a pensar qué debía hacer, por dónde debía empezar este libro extraño y misterioso. A los pocos minutos llegó el encargado de limpiar la tumba, que va todos los días, y se puso con un trapo a sacarle brillo a las piedras y a retirar las hojas secas que habían caído durante la noche. Me dijo que llevaba veintidós años pendiente de que ese mausoleo estuviera limpio e impecable. Me conmovió esa lealtad tan fuera de época.

Entonces, al fondo, a unos cien metros de distancia, por entre los campos verdes y los árboles frondosos del lugar, se empezó a acercarse un entierro que venía hacia una de las tumbas abiertas en el suelo. Era una pequeña procesión con el sacerdote en la parte delantera encabezando el grupo. Algunos familiares cargaban el ataúd y otros iban lloviendo detrás de ellos. Me quedé absorto contemplando la escena.

Entre los pliegues de una memoria confusa, tuve la impresión de que ya había visto esa imagen, que había estado en ese mismo sitio, a esa misma hora y contemplando ese mismo entierro. Es más, tuve la sospecha de que el que iba ahí metido, en el ataúd, era yo. No sabía si era una escena de un pasado remoto o de un futuro próximo, pero sí estaba seguro de que no era la primera vez que la contemplaba. Y recordé que, alguna vez, un periódico de Buenos Aires sacó la noticia de la muerte de Borges, lo cual no era cierto. Y le preguntaron al escritor argentino qué opinaba acerca de semejante infamia. Y él, con ese humor ilustrado que tanto lo caracterizaba, respondió:

—La noticia no es falsa, sino prematura.

Claro, la muerte no es nunca una falsedad. En los infinitos laberintos del tiempo todo es un gigantesco presente: estoy naciendo en este instante, estoy jugando fútbol frente a mi casa con diez años de edad, estoy escribiendo libros y me están llevando a la tumba. El tiempo no es lineal, sino que da vueltas en espiral conformando un laberinto difícil de descifrar.

En este mismo instante hay un nuevo profeta que se hace llamar Juan el Bautista, están bajando a Jesús de la cruz, los cruzados se están tomando Jerusalén, marineros europeos desembarcan en costas americanas creyendo que están en el Lejano Oriente, un hombre llamado Miguel de Cervantes Saavedra escribe durante largas noches de insomnio un libro sobre un lector que decide ser caballero andante, un escritor de apellido Nerval se está ahorcando frente al manicomio de París, millones de personas mueren debido a la gripe española, están lanzando las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki, están rescatando a unos seres famélicos y moribundos de los campos de concentración alemanes, los jóvenes del mundo entero están diciendo no a la guerra de Vietnam, están matando al reverendo Martin Luther King, Neil Armstrong está pisando la superficie lunar y están tumbando el muro de Berlín. Todos los tiempos se precipitan hacia el ahora. La historia del mundo es un largo gerundio.

En ese instante, entonces, descubrí qué era lo que debía escribir en este libro.

CAPÍTULO I

LAS PUERTAS DEL CIELO

1. PROYECTO RESURRECCIÓN

Todos sabemos que no vemos con los ojos, sino con el cerebro. Esa es la razón por la cual nuestros sueños están plagados de imágenes aunque nuestros ojos se encuentren cerrados. Aún así, sorprenden la cantidad de relatos de pacientes que han ingresado en una sala de urgencias y que, ya entrados en coma o declarados clínicamente muertos, pueden ver lo que está sucediendo y después lo relatan con todo lujo de detalles.

Solo en Estados Unidos hay quince millones de personas que afirman haber tenido una experiencia de desdoblamiento, es decir, de haber salido de sus cuerpos y de haberse visto desde afuera, como si fueran otros. Las historias abundan y los protagonistas pertenecen a distintas religiones, razas, sexos y edades.

Por ejemplo, el pequeño Colton Burpo, de apenas tres años de edad, sufrió una apendicitis y fue llevado a una clínica donde lo operaron de inmediato. Cuatro meses después, le dijo a su padre cualquier día que había estado con Jesús durante la cirugía y que había tenido la oportunidad de conocer también a su hermanita no nacida. Sobra decir que el pequeño Colton no tenía ni idea de que su madre había sufrido un aborto espontáneo pocos años atrás. Dio detalles de la cirugía y se refirió a su vez a un bisabuelo que había muerto treinta años antes de que él naciera.

Así nos tropezamos historias de amas de casa, bomberos, médicos y trabajadores alrededor del mundo que aseguran haber estado por fuera de sus cuerpos de manera consciente y lúcida. Según esos testimonios, la antigua idea de alma o espíritu no es tan descabellada, y una zona energética de nosotros mismos pareciera no regirse por las implacables leyes de la materia.

Esa es la razón por la cual el doctor Sam Parnia, de la Universidad Estatal de Nueva York, empezó a investigar los casos mejor documentados de pacientes que se declararon en su momento como clínicamente muertos y que después resucitaron. Como producto de esa investigación decidió poner varias cámaras fotográficas en los techos de dieciocho salas de emergencias de hospitales del Reino Unido y Estados Unidos. Apenas un paciente es declarado en coma o sin signos vitales, las cámaras empiezan a disparar para captar múltiples imágenes de la escena. Si ese paciente revive y dice haber estado allí observando el momento, se coteja su relato con las instantáneas capturadas por las cámaras.

Fascinante. El doctor Parnia ha recogido más de mil casos y ha escrito varios libros al respecto. Debido a ello decidió abrir el Proyecto Resurrección y estudiar lo que él llama *El efecto Lázaro*.

¿Cómo no recordar a Charles Dickens y el famoso Club de los Fantasma? En medio de la era victoriana, caminando por las grises calles de Londres, el escritor solía hacer parte de esa extraña agrupación que perseguía las manifestaciones del mundo sobrenatural. Increíble, el padre del realismo entregado por completo a la investigación de los espíritus, de los ectoplasmas y de las psicografías del más allá que anticipaban de algún modo la escritura automática del movimiento surrealista francés. Años más tarde haría parte de ese mismo club el famoso escritor policíaco Arthur Conan Doyle, el padre de Sherlock Holmes.

Incluso hacia 1872, cuando ya Dickens estaba muerto, se corrió el rumor de que se había puesto en contacto con un famoso médium de la época llamado Thomas P. James para dictarle el final de un libro suyo que había quedado inconcluso: *El misterio de Edwin Drood*.